

LA CAJITA DE COSTURA

Daniel Ruiseñor



“El pasado es el mejor maestro que puedes tener en el presente para que no te castigue el futuro”, eso fue lo que me dijo Luis, mi primer gran amor, el día que me abandonó. La secuencia lógica de furia, tristeza y frustración ante una situación como esa transcurrió en el breve espacio de un mes hasta el momento en que sólo resistió, a modo de resumen, el aprendizaje doloroso de la experiencia. Es cierto que las cicatrices sirven para rememorar que las heridas están latentes por debajo de las primeras, pero al menos, la frase de Luis me ha servido a lo largo de la vida como un antibiótico para que las siguientes amarguras no hayan infectado mi personalidad.

Necesitaría aplicar a fondo toda esa autodidáctica, ese pequeño manual de autoayuda para que el presente, de nuevo, no quiebre mi frágil equilibrio cuando los tiempos pretéritos regresaron con virulencia en forma de una cajita de costura reviviendo la muerte de la abuela Teresa y el tío Antonio.

Mi nombre es Laura, aunque en los años que acaecieron estos sucesos que os voy a narrar todo el pueblo me llamaba Laurita “brasileña”. El motivo de ello es simple, la abuela Teresa había nacido en Brasil y cuando regresó a su tierra sus paisanos, amigos de apodos, decidieron bautizarla con el sobrenombre de brasileña, de ahí el mote heredado. Y con ella, con Teresa, tenemos que viajar en el tiempo para comprender la crónica que os tengo que contar.

Teresa nació en los albores del siglo XX en un Brasil a donde habían emigrado sus padres en 1904 buscando un sueño dorado para olvidar la pesadilla, repleta de hambre y pobreza, en la que vivían en su pueblo. El país crecía a buen ritmo gracias a las riquezas de producción en azúcar y café y eso, para gente trabajadora como ellos, también posibilitó su progresión económica y social. No

hay bien que cien años dure y la llegada de la Revolución de los años 30 lo demostró esta máxima acarreando consigo una serie de desdichas continuadas.

La primera de ellas fue el embargo de las tierras de mi bisabuelo. Testarudo como una mula se negó en redondo a entregarlas jurando que eso sólo acaecería si conseguían pasar por encima de su cadáver, y al parecer eso fue lo que hizo un tal teniente Aurelio cuando terminó de vaciar el cargador de un revólver sobre su cuerpo. Muerto el cabeza de familia, las propiedades, casa incluida, pasaron a formar parte del patrimonio del ejército. Abatidas y aterradas, según me contó la abuela, tras múltiples peripecias consiguieron escapar en un barco mercante rumbo a Galicia en un pasaje que por veces se convirtió más en una tortura que un alivio.

Mi abuela, una hermosa joven, y su madre desembarcaron en aquella España de los convulsos años 30 para establecerse en casa de los padres del bisabuelo en un pequeño pueblo del interior de Galicia llamado Lastras. Como si de un truco de magia se tratase cambiaron el rugir de los coches por los crujidos del eje de los carros de bueyes, los finos encajes de los vestidos hechos a mano y los zapatos de charol por las batas a cuadros y zuecos de madera, la vajilla de porcelana por los platos de metal y las canciones del gramófono por los cánticos populares de los mozos del pueblo los sábados al anochecer.

La abuela siempre fue una mujer adelantada a su época, inteligente y resolutiva. Muy pronto entendió que debía salir de aquella situación como fuese, necesitaba libertad y el único camino práctico y visible a corto plazo en aquella sociedad era casarse.

Para una joven como ella la decisión no era nada fácil, aunque los pretendientes eran muchos, los elegibles no pasaban de tres o cuatro, teniendo en cuenta que

la mayoría vivían con sus padres y ella precisamente quería huir de futuros suegros y demás parentela. Tal vez por eso se decidió por Francisco, el hijo de Concha. No era el más guapo, ni el más listo, pero eso tan sólo eran pequeños detalles que ella y el paso del tiempo solucionarían. Acercarse a él no fue complicado. Teresa gozaba de una serie de ventajas tales como saber escribir, manejar las cuatro reglas y otros conocimientos culturales que para aquella gente era toda una novedad.

-Francisco... ¡Francisco! -me contó que un día le gritó cuando lo vio pasar con el ganado dejándolo paralizado por la sorpresa.

-Dime Teresa, ¿qué necesitas? -respondió tartamudeando como un niño pillado cometiendo una travesura.

-Me he dado cuenta que eres un muchacho bastante espabilado y a lo mejor te apetecía aprender a escribir, sumar y restar. A cambio me podrías pagar con medio litro de leche diario, ¿Qué te parece? -le tentó Teresa.

-Y eso... ¿de qué me sirve? -desconfió él de la propuesta.

-Verás, pues por ejemplo para calcular la cantidad de semilla que debes sembrar en tus fincas -le explicó con buen ánimo intentando convencerlo.

-Venga ya,... yo eso lo hago a ojo con la medida de un cubo pequeño que tengo en casa -contravino. Pero a pesar de esa reticencia, y aunque nunca fue un buen alumno, a partir de ese día Francisco no faltaba un anochecer de lunes a viernes a las clases, como tampoco escaseaba la leche en los desayunos de Teresa y su madre. Y así, como en los cuentos de amor, sin perdices pero felices, fue como en el año 1935 con una España agitada, Francisco y Teresa, mis futuros abuelos se casaban y mudaban para Terzas, una aldea cercana en donde él era propietario, debido a una herencia, de una pequeña casa con dos alturas,

vivienda en la planta superior y cuadras en la inferior para el ganado que a su vez hacían la función de calefacción. La casa también disponía de un almacén anexo donde guardar los aperos de la labranza y un pozo al que nunca le faltaba agua. No era mucho y sin embargo en aquellos años podía suponer tenerlo todo. La vida de color rosa según mi abuela.

El rosa se tiñó de negro. Llegó la guerra, esa en la que los libros de historia cuentan que los ríos tiñeron de rojo su color natural, que hablan de que cualquier cuneta era buena para quedarse eternamente, o donde un árbol era testigo de un juicio sin abogados y la sentencia dictamina un tiro en la nuca, que más allá de una idea política muchas veces no dejaba de ser una deuda que reclamaba alguna venganza.

En Terzas se atrancan las puertas por dentro, las cortinas de las ventanas permanecieron entornadas, ocultando el miedo que vivía detrás de ellas y las radios apenas se escuchaban por un ajuste de volumen apenas audible. De alguna manera, ¿por qué no?... mágica, todos esperaban que se olvidaran de ellos, que todo aquello en realidad no iba con ellos, y que la guerra pasaría sin detenerse en aquel paraje donde los sonidos más estridentes eran el discurrir del cauce del riachuelo y el canto de un gallo al amanecer. Pero el silencio siempre precede a la tempestad y esta llegó disfrazada de trompeta del alguacil.

-Por orden del señor alcalde hago saber... centro de reclutamiento del ejército Nacional... el día 26 de septiembre en la casa consistorial...

En el interior de la casa mis abuelos oían, pero no escuchaban, la voz entrecortada del alguacil. Tampoco era necesario. Buscaban hombres para la contienda, hombres para matar y morir por nada, para en un futuro rellenar páginas de libros de los que muchos hablarían pero nunca llegarán a sentir el

terror de las mujeres solas y de los soldados escondidos en las trincheras mientras el fuego de mortero silbaba una canción de muerte por encima de sus cabezas.

Francisco siempre tuvo claro que no podía, ni debía, ir al frente, porque... ¿quién iría a segar entonces la hierba para sus vacas? ¿quién sembraría y recolectaría el maíz para las gallinas y los cerdos?... Teresa no, desde luego que no. Teresa cosía, bordaba y cocinaba el mejor caldo del entorno, pero ella no trabaja en el campo, así que por fuerza mayor él no podía abandonar a su esposa.

A la mañana siguiente, cuando el gallo aún no había cantado, la abuela se despertó sobresaltada notando la ausencia de su marido en cama. Se vistió para ir en su busca, no podía haberse marchado muy lejos, por lo que encaminó sus pasos hacia el almacén. Cuando abrió la puerta casi se desmayó por la impresión, pero su fuerza residía más en el lado de lo pragmático que en la orilla del sentimentalismo por lo cual silenció su horror entre los silencios de la noche.

-Pero Francisco... ¡Dios mío! Como se te ocurre cortar leña a estas horas con tan poca luz. Anda, agárrate a mí y vámonos para dentro.

Así fue como mi abuela, con lágrimas congeladas, consiguió llevar al abuelo a la cocina, vendarle la mano con los trozos de un camisón limpio, recuerdo de Brasil, y marchar a casa de Mariano, que aparte de ser un buen hombre también era curandero, atador y hasta se murmuraba que un poco brujo.

-Estará un par de días con fiebre alta. Esperemos que no se gangrene la herida. Tuvo mucha suerte que el corte sea tan limpio, casi parece que lo hiciese adrede -comentó mientras miraba a Teresa de una manera que indicaba que él no creía en las casualidades.

-Mariano, sabes que la gente apostilla lo primero que le acude a la cabeza, por lo tanto es mejor que este accidente quede como eso, un mero accidente. Sé que tu hija Luisa quiere aprender el oficio de coser. Cuando todo esto vuelva a la normalidad dile que pase por aquí, que a mayores la enseñaré a leer y escribir.

El hombre se marchó para casa convencido que la discreción siempre da buenos frutos. Por el contrario, hablar demasiado trae problemas y muchos más en esas épocas en donde se rumoreaba que en los montes aparecían muertos por causas menores a estas.

El día del reclutamiento llegó para los hombres en edad de combatir, pero Francisco, a pesar de estar muy recuperado, no se presentó. Pasar desapercibido en esa ocasión era una quimera, por lo que no resultó extraño que un par de días después una pareja de guardias civiles y dos jóvenes vestidos con ropajes oscuros, a los que todo el mundo identificaba como falangistas, se presentaran en casa de los abuelos.

-Abran a la autoridad -vociferaron mientras aporreaban la puerta.

-Buenos días. ¿Qué se les ofrece? -preguntó Teresa interponiéndose en la entrada.

-Buscamos a Francisco Torres, queremos que nos explique por qué no acudió ayer al ayuntamiento -respondió uno de los guardias con cara de pocos amigos.

-Mi marido no se encuentra bien. Tuvo un accidente mientras cortaba leña y se ha seccionado un par de dedos -respondió a la vez que contenía la respiración intentado sofocar el nerviosismo a que se veía sometida.

-Más razón entonces para verlo -y esta vez fue uno de los jóvenes de traje oscuro el que habló con gesto irónico.

Francisco no tuvo otra opción que salir del interior, pálido y con la mano vendada en un improvisado cabestrillo, sin apenas saludar a los recién llegados.

Una mirada maligna cruzada entre los dos falangistas fue un mal presagio de lo que a continuación sucedería.

-Vaya... también es coincidencia que te hayas cortado los dos dedos de la mano derecha, precisamente los que se usan para amartillar la culata y apretar el gatillo del fusil. No querrás hacernos creer que eso no lo has hecho intencionadamente por librarte de defender la Patria de esos rojos comunistas
-le espetó con voz amenazante el otro muchacho.

-Prepárate para acompañarnos a la comandancia y tomarte declaración porque lo que cuentas no está nada claro -ordenó el primer Guardia Civil dejando claro que no había lugar a protestas.

Francisco marchó a pie entre los dos guardias y escoltado por los falangistas atravesando los caminos del pueblo ante la mirada compungida de sus vecinos que se reunieron en torno a Teresa para darle ánimos, pero ella en su cabeza ya había diseñado la única y posible solución al problema. Otra vez recurrió a Mariano para pedirle su burro y a lomos del mismo se puso en camino para hablar con don Manuel, el cura de la parroquia.

El párroco la recibió con cortesía y afabilidad desconociendo aún el asunto de la visita. Luego de que la abuela expusiese los hechos le suplicó con vehemencia.

-Don Manuel, usted es primo del sargento, mantiene buenas relaciones y estoy segura que puede hacer algo para arreglar este entuerto. Además, debo contarle un secreto, estoy embarazada. Espero que la Iglesia no permita que una criatura

se quede sin padre por un incidente que los falangistas quieren hacer ver como un acto intencionado. El pueblo no entendería esa injusticia don Manuel.

Don Manuel, sorprendido por la noticia, comprendió que dejar a una madre viuda y a un niño huérfano no era la mejor publicidad para la causa ni tampoco para la iglesia que apoyaba al que más presumible futuro régimen.

-Teresa, dado tu estado creo que el sargento se mostrará magnánimo, aunque ya sabes que estas cosas no son fáciles...

-No se preocupe usted, que tanto Francisco como yo sabemos ser agradecidos -entendiendo el mensaje oculto que enviaba el párroco.

Dos capones de los mejores del corral y un jamón fueron parte de un pago no demandado pero sobreentendido para liberar al futuro padre de la que sería mi madre.

Carmen, mi madre, Carmencita para muchos durante su niñez, nació en 1937 entre los ruidos de bombas lejanas, proclamas nacionalistas y entierros masivos ajenos a la vida tranquila de Terzas solamente alterada por las escasas cartas enviadas por los quintos destinados en los campos de batalla. Tres años después, con la contienda ya rematada y Franco instaurado en el poder, la familia aumentó. Un nuevo alumbramiento traería consigo a un miembro que iba a trastocar la estabilidad familiar. Mi tío Antonio llegó al mundo y desde un primer momento parece ser que Teresa al verlo le comentó a su marido.

-Francisco, el niño no es normal...

-Pero mujer, tu siempre con esas tonterías. Yo no veo que le falte de nada.

La abuela nunca se escondió de la verdad. La cabeza demasiado grande, los ojos pequeños, hundidos hacia dentro con una especie de expresión perdida y

con una perceptible falta de atención quería decir que aquel bebé tenía algún problema.

El diagnóstico del médico fue algo así como que padecía una enfermedad mental, con el paso del tiempo a esa “enfermedad” se le denominaría Síndrome de Down, pero en aquellos años lo cierto es que Antonio pasó a ser, para los parroquianos reunidos bajo un gran roble a la hora de la siesta, Toñito el tonto.

Durante los escasos cuarenta años que vivió Antonio se convirtió en la sombra de su madre, con ella iba a misa, pasaba horas y horas a su lado mientras cosía o bordaba y no había cosa que la abuela ordenase y él no obedeciera. A pesar de todo, en el tío Antonio vivía en una perpetua inquietud, una desconfianza ante todo lo que le resultase desconocido y que en ocasiones le producían auténticos ataques de pánico, como por ejemplo una tormenta eléctrica llegando al punto de que el abuelo lo tenía que atar para que no se autolesionara.

Dejemos por un tiempo a mi tío y sus cuitas para llegar a mí. La abuela Teresa siempre tenía planes prefijados para todos. Uno de ellos era que mi madre no malgastara su vida quedándose en el pueblo, así que mientras el país evolucionaba entre cartillas de racionamiento del nuevo régimen y consignas de una España grande y única, la abuela se dedicó a que mamá aprendiese a coser. Con dieciocho años, después de estudiar en el colegio del ayuntamiento, la abuela mandó a Carmen a la ciudad, en donde le había encontrado trabajo en una empresa textil de unos conocidos que retornan de Brasil junto a su madre, ya fallecida, y ella. Con veintiséis años cumplidos Carmen regresó un día al pueblo para comunicarles a sus padres que estaba en estado de buena esperanza, o lo que era peor, embarazada y sin casar. Un drama en los años 60 cuya solución

era una boda exprés con mi padre y dos fajas que no acababan de disimular del todo mi pronta llegada al mundo.

Un 24 de Mayo de 1964 nací yo, Laura Falcón, hija de Pedro y Carmen, heredando los ojos negros de mi abuela Teresa, que cada vez que me sostenía en el regazo no paraba de sonreír. Con mis recién seis años cumplidos, y sin futuro ni porvenir claro, mis padres decidieron hacer algo que en aquel período era una epidemia: emigrar. Ahora tocaba hacerlo a una Centroeuropa en estado de reconstrucción y el destino elegido fue Suiza. De esta manera me transformé en lo que se dio por denominar como los hijos de los abuelos, miles de niños que quedaban a cargo de sus abuelos mientras los padres intentaban enriquecerse a base de trabajar a reo pasando mil calamidades. Es ahí cuando pasé de ser Laura a Laurita “Brasileña”, creciendo entre vientos de cambio y veranos con unos padres que regresaban con las maletas llenas de regalos pero que yo no sabía muy bien lo que significaban en mi vida.

Dos sucesos lo cambiaron todo.

El primero fue la llegada de Tuerto a casa. Tuerto era un mulo que el abuelo compró en una feria a unos gitanos, razón por la cual la abuela casi destierra a Francisco de casa. Nunca se supo muy bien cuál fue la causa de llamarlo así, al principio pensé que era por el simple hecho de que el animal estaba ciego de un ojo, pero luego empecé a dudar porque el cuadrúpedo no cumplía ninguna de las órdenes del abuelo y entonces comenzaba a gritarle enfadado:

-¡Pero serás tuerto, maldita bestia!

La segunda situación fue que mi querida abuela enfermó. Su cara siempre lustrosa comenzó a agrietarse, el color rubicundo de su piel mudó en una palidez preocupante, los ojos negros se escondieron en el fondo de las cuencas y las

fuerzas la abandonan día sí, día también. De esa manera comenzaron los viajes continuos al Hospital de la ciudad en el autobús que tomaba en la carretera general a casi un kilómetro de casa. Si cuando marchaba se encontraba mal, cuando volvía, asida al brazo del abuelo, su semblante era aún peor. Pronto fui conocedora que todo aquello era debido a las terribles sesiones del tratamiento de quimioterapia. Con apenas catorce años, de repente, me encontré cuidando de una enferma, un tío con síndrome de Down y un abuelo que apenas sabía freír un huevo.

Una tarde, cuando el sol declinaba sus últimos rayos, los gritos de Maruja, la vecina de al lado, nos alertaron y marchamos todos corriendo hacia su procedencia que era allí mismo por detrás de la casa. Lo que encontramos se puede definir como desolador, el pobre Tuerto yacía muerto, estirado e hinchado, con su único ojo sano con mirada ausente y perdida. No quiso deshonrar su nombre el último día de su vida, así que decidió hacer lo contrario de lo que tocaba una vez más. El abuelo lo había dejado pastando en un prado próximo al río pero él decidió volver para comer las hierbas que nacían aquí y allá en la base de las paredes de casa. Ausente de vista y también de olfato no supo entender que aquellas estaban rociadas de un potente herbicida con el que Francisco las había fumigado esa tarde.

Todos nos volvimos entristecidos por el fallecimiento del mulo, pero a mi cabeza acude siempre el recuerdo de cómo la abuela se quedó mirando un rato más al pobre Tuerto.

Se dice que las desgracias nunca vienen solas porque al parecer unas llaman a las otras. Díez días después de ese triste acontecimiento, mientras lavaba la ropa en el lavadero del pueblo, el abuelo con el semblante demudado por el dolor

me comunicó la peor noticia de todas las imaginables. Había encontrado a la abuela y al tío Antonio muertos en la mesa de la cocina, sentados uno enfrente del otro delante de cada taza con restos de leche.

Poco recuerdo de lo que pasó a continuación, en mí habitan sombras profundas de esos días. Creo que estaba rodeada de mucha gente que me hablaba, susurraba dulces palabras, pero no quiero ni tengo ganas de hacer memoria.

El informe médico fue muy esclarecedor, muerte por ingestión de veneno, el mismo que causó el fallecimiento de Tuerto, disuelto en leche y enmascarado el sabor con azúcar. En las posteriores investigaciones se dictaminó que primero fue Antonio y que la abuela aún tardó un rato en expirar. Siempre me pregunté lo que pasó en ese intervalo de tiempo. Ahora ya lo sé.

Sí. Lo sé porque la respuesta la tengo en las manos a modo de dos hojas manuscritas de una libreta de alambre y línea sencilla, hojas amarillentas que aparecen en esta caja antigua de membrillo que luego eran recicladas como cajitas de costura.

Pero antes de nada os tengo que contar cómo descubrí esta cápsula del tiempo y lo que sucedió después de la muerte de Teresa y Antonio.

Mis padres regresaron definitivamente a casa con una buena cantidad de dinero ahorrada que me permitieron marchar a un internado y aprobar sin apuros la carrera de medicina, la cual me ha permitido tener un nivel de vida más que aceptable.

El abuelo se quedó a vivir con ellos pero poco tardó en acompañar a su esposa e hijo al reino de los cielos, puede que porque la soledad lo venciera o, como decía él, porque no tenía nada más que hacer en esta vida.

La estabilidad económica que me da mi profesión me ha permitido llevar a cabo uno de mis sueños, restaurar la casa de Terzas, casa a la que apenas regresé más que para observar a una distancia prudente. En esas obras uno de los albañiles encontró la cajita de la abuela. Cuando la abrí no daba crédito, nada menos que dentro estaba una carta escrita de puño y letra por Teresa que paso a transcribir íntegramente:

Mi adorada Laurita:

No sé si algún día leerás esta carta, pero si así sucede espero que no me hayas juzgado y condenado por lo que pasó y entiendas que a veces hay que tomar bifurcaciones en nuestro camino que no son fáciles pero sí necesarias. Delante de mí tengo a mi hijo muerto, no consigo comprender cómo tengo tan siquiera fuerzas para escribir esto, pero supongo lo hago por lo mucho que te quiero y también que necesito explicarte el porqué. No podía dejarlo quedar aquí, envuelto en amargura y pena, siempre ha estado a mi lado y ahora que me voy para siempre estoy segura que desearía venir conmigo. El médico me ha dicho que el tiempo se agotaba y yo no quiero ser una carga para un marido anciano y una niña de catorce años.

Quiero que sepas que Antonio no ha sufrido, se ha dormido apaciblemente como lo haré yo porque me voy en paz conmigo misma.

Tu abuela que te quiere mucho. Teresa.

Antes de marcharme te quería pedir un favor. Si es posible...

Y eso, lo que me pedía en la carta, es lo que acabo de hacer este atardecer en el cementerio con dos operarios. Reunir los restos de los abuelos y del tío Antonio en un único ataúd en donde introduciré la carta de la abuela para que juntos descansen eternamente.

De esta historia hay un par de cosas que aún me hacen temblar al revivirlas. Una, la visión de Tuerto, allí en el suelo, con esa mirada perdida como queriendo decirnos: todo acaba así. La otra, los restos de mis familiares y el pensamiento de que dos hojas de libreta han permanecido ocultas e intactas casi treinta años mientras que de la abuela apenas quedaba nada.

No tengo hijos, puede ser porque no quiero sufrir por ellos o porque no quiero verlos a ellos hacerlo por mí. Ahora me toca esconder este escrito en la misma lata de costura, en el fondo de un armario, hasta que tú lo encuentres para poder contarle a alguien esta historia.

LAURA FALCÓN, ABRIL DE 2015